

UN GRAN LIBRO CUBANO

POR MARIO LUQUE



Un amigo estimado y venerable puso en mis manos hará días, un volumen sobre cuyo frontis se leía: Enrique Lluria «La evolución super-orgánica». (La naturaleza y el problema social). Con un prólogo del ilustre Ramón y Cajal venía enaltecida la obra del joven Lluria, intelectualidad poderosa que brilla en los centros científicos madrileños, y que es honra de nuestra patria y fundadísimo orgullo para Matanzas, cuya tradición intelectual viene a perpetuar con esta nueva gloria suya.

La lectura del libro de Lluria es interesantísima, por los puntos de vista que presenta. Es, antes que un libro nuevo, un libro original. En él se refleja, como en pulida y brillante luna veneciana, el alma plétórica del autor. A pesar de ser la filosofía contemporánea una enferma, envenenada por las teorías de Nietzsche y Shopenhauer, ésta se muestra en el libro de Lluria como ataviada para una fiesta de Pascuas. El optimismo que confiesa sentir el autor, es una prueba palpable de la vitalidad mental de su cerebro y la salud que rebosa en todas las manifestaciones de su espíritu de moderno gladiador. A despecho de lo que aparece ser el chic de la actual corriente filosófica, Lluria, lanza al ambiente brumoso de nuestro tiempo las alegres notas de una diana de esperanza. Al revés de lo que acontece con los libros de nuestros autores contemporáneos. el de nuestro compatriota posee la virtud de hacernos ansiar un mañana que nos deja entrever colmado de perfecciones y siendo el ajustado ambiente para la existencia de la felicidad. «La evolución super-orgánica» instruye. A ratos intenta vanamente convencer, pero siempre alienta el espíritu, y, en definitiva, nos cura de este nuestro cursi pesimismo alemán del Siglo XX.

El ilustre matancero expone una teoría muy lógica, la teoría de los ritmos, complementaria a las de Darwin y Spencer; casi podría decirse que es el nexo entre las de la evolución orgánica y la evolución social. Nos hace el inmenso favor de quitarnos del alma la errónea y tremenda concepción que teníamos acerca del más apto, diciéndonos que la lucha por la vida no consiste en una fatal contienda eterna, en la que vence y se perpetúa el más fuerte, sino que estriba en la serie de perfeccionamientos progresivos de la mate-

ría y de la humanidad para alcanzar la felicidad, que es a la postre, el final ansiado.

Ascendiendo hábilmente por la maravillosa escala que su lógica le ofreciese, afirma que el hombre no es la última palabra de la Creación, del propio modo que no es el ultra-violeta el último signo de la coloración por el hecho de que nuestra vista no puede apreciar otro después de éste; como no puede nuestro tacto percibir las ondulaciones sutiles del éter ni nuestra audición sonidos que excedan de cierto número de vibraciones. El hombre no es más que un ritmo de la Naturaleza, una unidad de lo que empieza en el protilo y el protoplasma y llega hasta la cristalización mineral más complicada y la organización animal más compleja. Ese ritmo continuará, dice hermosamente Lluria, nuestros actuales genios no son —como todos creemos— una acumulación de fuerzas en unos pocos cráneos privilegiados, una lenta combinación de la naturaleza para formar ciertos cerebros, sino una demostración de la selección natural, que si se convirtiera, por el esfuerzo humano, en selección artificial, daría por resultado lo siguiente: que la humanidad del mañana la formaría la mayor cantidad de cerebros geniales. La era del superhombre tendrá su zenit; y funda su aseveración apocalíptica en la observación histológica que se desprende del desarrollo de la neurona, correlativamente a las mayores excitaciones de lo externo.

Discurriendo luego sobre el problema social, siempre dentro del más estrecho rigorismo lógico, nos dice que la consecución de la felicidad será inútil a continuar empeñándose la humanidad en fijar sus miradas en el dinero. Apoyado en Malthus, nos anuncia que la progresión geométrica en que se desarrolla la humana estirpe hará cada día más feroz la contienda y más ilusorio el triunfo; esto aparte del capitalismo error sobre e] que se yergue el tremendo alegato del proletariado y el capitalismo, error que estriba en considerar el dinero como equivalente de alimento.

Al llegar a este aquilino punto de vista de la tesis de Lluria, surgió en mi memoria una escena de la obra «L'argent» de Zola escena que culmina en una conclusión que parece coincidir con la de Lluria, en esta fase del problema social.

En la buharda en que viven los dos hermanos, el avaro prestamista sin conciencia y el tísico y soñador poliglota que gana el misérrimo ochavo produciendo obras para un editor poco espléndido, discuten ambos a tenor de lo que sus corazones antípodas les inspiran. No llegan, no pueden llegar a un acuerdo. Entonces, cuando el prestamista le pide la panacea, la fórmula que ha de dar al traste con los males ocasionados por el dinero... el genial enfermo, en un arranque de sublime y trascendental lucidez, en rasgo de videncia profética exclama:

... ¡Suprimiéndolo!

Que alivio, que bálsamo espiritual encierran todas estas alentadoras y briosas concepciones del libro de Lluria.!

El eje de la obra de nuestro compatriota es este: El hombre es desgraciado porque se ha alejado de la naturaleza. Tan contundente verdad no requiere comprobación expresa; todas las manifestaciones sociales la proclaman así. La sociedad se rige por leyes cuya inspiración hubo de prestar la preponderancia de unos pocos sobre el mayor número. Añádase a esto nuestras concepciones tan antinaturales y arcaicas. Unase a esto el factor religioso, quizás el desviador más poderoso de la humanidad, de los fines para los que la naturaleza la creare... Lluria, al tocar esta llaga, dice que «persistirán algún tiempo las religiones» aunque vaticinándoles un final, si bien lejano, cierto. Guyau viene a completar y a cimentar esta profecía en su obra «La irreligión del porvenir» diciendo: «Lo que subsistirá de las diversas religiones en la religión futura, es la idea de que el supremo ideal de la humanidad y aún de la Naturaleza, consiste en el establecimiento de relaciones sociales, cada vez más estrechas, entre los seres»...

Habla Lluria del amor, aunque ligeramente. Sin embargo, su opinión es contexte con la de todo hombre de ciencia, que tiene el valor de la sinceridad. Los que sueñan con el amor puro, abstrayéndose para ello y olvidando su base real, orgánica (fuente de la vida, como es él) tercerán el gesto. A estos habrá que decirles con Darwin que la castidad es una virtud moderna que pertenece, exclusivamente, a nuestra vida civilizada.

A todas estas luminosas evidencias llega Lluria, no porque se lo propusiera de antemano, sino porque a ellas le llevará el estudio de la Naturaleza. Nó es dogmático, es lógico; no es metafísico, es un servidor entusiasta de la ciencia moderna, que no parte de principios sino que llega a conclusiones. Alguna que otra vez parece armarse del sutilismo y la falacia; pero pronto el a b c de su argumentación desvanecen en la mente del lector la sombra de duda y en los labios la incrédula y desconfiada sonrisa.

«La evolución super-orgánica» con ser solo una serie de apuntes (como la llama el autor) es una obra que está llamada a alcanzar resonancia y universal nombradía, cubriendo de gloria a Enrique Lluria, el privilegiado talento que le diera a luz, y colmando a Cuba de legítimo orgullo por ser la patria muy amada de un nuevo filósofo europeo.